

XIV

ÚLTIMO DÍA DE COLEGIO

Mi último día de colegio llegó por fin.

Seguros en que obraban cuerdamente, mis padres no me libraron de la filosofía, que aproveché de un modo muy opuesto a sus intenciones. Sin atribuirme una inteligencia extraordinaria, consideré la filosofía que me enseñaron tan enfadosa, inútil y absurda, que no creí las verdades por ella establecidas, esas verdades que debemos profesar y practicar si aspiramos a que nos consideren hombres honrados y buenos ciudadanos.

Era el último día del año escolar. La mayoría de los alumnos volverían a los dos meses, y algunos, más felices, nos íbamos para siempre. Todos empaquetaban sus libros y se los llevaban; yo abandoné los míos en la sala de estudios.

Nuestro profesor no nos dió clase; nos leyó la distribución de las Águilas en *El Consulado y El Imperio*, de Thiers. De este modo la Universidad, para coronar mis estudios dióme a conocer al peor entre los escritores de lengua francesa.

Me apenaba mucho que ya no podría ver diaria-

mente a mi amigo Alsine, y estreché su ardorosa mano con emoción reprimida, porque a la edad que yo tenía entonces la ternura más honrada nos parece una flaqueza indigna del hombre. Ya no podíamos confiar en las sesiones académicas para reunirnos, y juramos vernos en las casas de nuestros padres.

Como las horas en el colegio me parecían siempre insoportables, creí un goce inmenso poner fin a mi vida de colegial; pero la realidad me descorazonó. Mi gozo no era tan inmenso como imaginé, tal vez a causa de mi carácter débil y tímido y de la odiosa disciplina ejercida sobre todos los pensamientos y todos los movimientos de los colegiales desde la infancia hasta la juventud, que los incapacita para el goce de la libertad y les dificulta las expansiones mundanas. Y si yo era víctima de aquel influjo, a pesar de haberme sustraído todas las tardes a la presión ejercida por los vigilantes, ¿qué les ocurriría a los internos, condenados a perpetua cárcel? La educación en comunidad, como aún se practica, no sólo desatiende la preparación del alumno para la vida en que se desenvolverá después, sino que le hace inepto cuando su carácter es dócil y obediente. La disciplina que se impone a los niños de la escuela resulta penosa y humillante aplicada a los jovencuelos de diez y siete y diez y ocho años. La uniformidad de los ejercicios les quita importancia; la inteligencia se embrutece; se falsea el carácter con el sistema de castigos y de

recompensas, que no responden a lo que más adelante veremos en el mundo social, donde nuestras acciones determinan por sí las consecuencias buenas o malas. De este modo, al abandonar el colegio carecemos de impulso y nos atemoriza ser libres. Yo lo adiviné confusamente, y sentí el obstáculo que se interponía entre mi ansia de ser feliz y la realización de mi felicidad.

ELECCIÓN DE CARRERA

Era necesario elegir una carrera. Mis padres no eran bastante ricos para mantenerme a su costa mucho tiempo. Las imprescindibles atenciones del porvenir me intranquilizaban y me preocupaban. Pronto comprendí que no encontraría fácilmente sitio en una sociedad donde todo se consigue a codazos; desconocía tales procedimientos.

Advertí que yo era distinto de los demás, pero nunca supe si era mejor o peor, y esto me asustaba. Por último, fué para mí una sorpresa dolorosa ver que mis padres no me aconsejaban ni me dirigían, como si no me reconocieran aptitud alguna. Consulté a Fontanet, que se había matriculado ya en la Facultad de Derecho, y me aconsejó que me dedicase al foro, sin duda porque estaba seguro de ir siempre delante de mí en aquel camino. Y no se equivocaba al suponer que con la trompeta de veinticinco céntimos que tenía por garganta y todas las informaciones periodísticas pegadas en su cerebro, sería un abogado como cualquier otro. De primera

intención el foro no me disgustaba y me complacía la elocuencia. Me dije: «Defenderé con talento a una viuda joven, que se apasionará por mí.» Entonces yo lo refería todo al amor.

Seguro de haber encontrado un terreno propicio fui con Fontanet a la Facultad de Derecho. Como yo admiraba las antigüedades y las ilustraciones de mi ciudad, respiré con respeto el polvo de la docta montaña.

Cuando llegamos al final de la calle Soufflot, nos vimos en la hermosa plaza donde se yerguen las fachadas robustas de la Alcaldía, de la Escuela de Derecho y del majestuoso Panteón con su arrogante cúpula. A nuestra izquierda la biblioteca de Sainte-Genevieve con sus pesados muros cubiertos de inscripciones, más parecía un inmenso mausoleo imitado de la antigüedad que un edificio consagrado al estudio. En el fondo, la iglesia real de Saint-Etienne-du-Mont lucía pomposamente la riqueza de su fachada, y el claustro de los «genovefains» alzaba sus viejas y deformes gibas. ¡Oh siglos! ¡Oh recuerdos! ¡Oh monumentos augustos de las generaciones!

Pero Fontanet no estaba de humor para emborrase ante las piedras, y me condujo al anchuroso anfiteatro donde el profesor Demangeat explicaba el Derecho romano. Numerosos alumnos le oían en profundo silencio y tomaban sus notas con precipitación, como si recogieran todas las frases.

—El señor Bugnet da tres clases de Derecho ro-

mano, pero tiene pocos alumnos. Es un viejo sordido, le sale continuamente de la nariz una moquita que recoge en un pañuelo rojo del tamaño de una sábana. A la clase del señor Demangeat acude, como tú ves, la mayoría de los estudiantes.

Aquel señor Demangeat no fué de mi gusto; a mi entender tenía la voz demasiado pastosa y hablaba con monotonía. Esto era indudable, pero un espíritu más agudo que el mío comprendiera que los estudiantes apreciaban sobre todo el orden y la claridad de sus discursos.

Fontanet, que no comprendía el reposo para sí ni para los demás, me transportó silenciosamente desde el anchuroso anfiteatro a la sala donde tenían lugar los exámenes de licenciatura. Los examinadores procedían con cierta solemnidad y con el propósito de impresionar las imaginaciones. Vestían la toga sentados detrás de una mesa cuyo tapete verde caía con amplitud. Eran tres, como los jueces del infierno; desde su tarima dominaban y disminuían al candidato que tenían delante. El presidente del tribunal era voluminoso, altivo y gracioso. Cuando entramos, preguntaba, y al parecer sólo atendía a lucir su importancia y a mostrarse temible, imprimía a sus preguntas una solemnidad imponente y también las oscurecía de una manera insidiosa, a ejemplo de la Esfinge, virgen cruel, y las lanzaba con su vozarrón semejante a un mugido de toro, al cual respondía el candidato con una vocecilla débil y temblorosa. El juez de su

derecha tomó la palabra después. Era bajito, delgado, verde como un loro, y hablaba con voz aguda como si le saliera del cogote. Evidentemente no intervenía en el examen para cerciorarse de los conocimientos del candidato sino para zaherir con sarcásticas insinuaciones a su voluminoso compañero, a quien designaba sin nombrarle y con el cual cruzaba, sonriente, miradas venenosas. Los tres jueces se odiaban entre sí, pero su odio no iba más lejos. Satisfechos de haber tenido al candidato en constante zozobra, le aprobaron; y todo se realizó sin lágrimas ni crujir de los dientes.

Para completar la fiesta fuimos a ver un examen en la Facultad de Medicina. Era muy distinto. El candidato, ya obeso y calvo, no parecía ser muy joven. Pasaba con incertidumbre su escabelo sobre un cadáver extendido ante él, que parecía sonreírle socarronamente. Era el cadáver de un viejecito. Un profesor con bigotazos de tártaro, arrellanado en el sillón, preguntaba al estudiante:

—Vamos a ver, ¿no aparece esa glándula? ¿Podrá ser hoy o la dejaremos para mañana?

No obtuvo respuesta. Sus dos asesores escribían cartas o corregían pruebas. Uno de ellos llevaba un birrete de forma inusitada y de tamaño inaudito, adornado con piel, más semejante a un morrión de plato que a un birrete. Fontanet me advirtió que era un modelo dibujado en 1792 por Luis David y conservado en una vitrina de la Facultad; pero el que lo usaba se lo había pedido a un bedel en tono

que no admitía réplica. El examinador, con los pies en alto, insistía:

—Pero, ¿y esa glándula?

Por fin obtuvo respuesta.

—Está atrofiada.

A lo cual replicó el examinador que aquello era culpa del cadáver, y por lo tanto le daría mala nota.

Pues bien: a pesar de la frescura y de la desatención de los profesores, aquel examen de Medicina resultaba en el fondo mucho más serio que el examen de Derecho a que habíamos asistido. Como la ciencia es algo serio allí contrastaba más lo cómico.

Al salir de la sala de exámenes me acosaba el deseo de consagrarme a la Medicina. Este deseo no era en verdad bastante poderoso para impulsarme a emprender estudios largos y difíciles, falto de preparación para ellos. Temeroso de parecerme al obeso estudiante que ya en la madurez de su vida no encontraba una glándula en el cuello de un cadáver burlón, renuncié a mi propósito apenas concebido.

Más adelante sentí no haberlo realizado. No conozco nada tan hermoso en el mundo como la vida de Claudio Bernard, y sé de algunos médicos rurales cuya existencia es envidiable por su plenitud y honradez. Mi padre, que ejercía la profesión con celo riguroso, no me deseaba su misma suerte.

Durante la comida decidí estudiar Derecho; pero solo en mi cuarto y en el silencio de la noche, me-

dité que la naturaleza avara me había negado el don precioso de la elocuencia, que nunca supe improvisar cuatro palabras y que no habría para mí cosa tan imposible como pronunciar un informe. Decidido a no ser nunca procurador, juez o notario, reconocí que mis estudios en la Facultad de Derecho exigirían a mis padres sacrificios inútiles, y renuncié a profundizar las Institutas de Justiniano o el Código de Napoleón. Por un momento lamenté no haberme preparado para la escuela militar. Me parecía muy agradable ser oficial, a condición de ser el oficial de Alfredo de Vigny, magnánimo y melancólico. Había leído apasionadamente *Servidumbre y Grandeza militares*, y me imaginaba ya en el patio del cuartel que recorría a paso lento, silencioso, con el corazón rebosante de toda clase de abnegaciones y sacrificios y el cuerpo ceñido por un elegante dolman. En la mesa de oficiales me advertirían la declaración de guerra. Nos preparábamos todos con la tranquilidad imponente y la firmeza que David supo imprimir a los rasgos de Leónidas y de sus trescientos espartanos. Partiríamos. Yo cabalgaría al frente de mis hombres; a lo largo de los caminos dejaríamos atrás innumerables campos, pueblos, bosques, montañas y ríos. De pronto descubriríamos al enemigo. Yo lucharía sin odio. Haríamos prisioneros. Yo los trataría con humanidad y atendería tanto como a los nuestros a los heridos adversarios. En el segundo encuentro, mucho más terrible, me condecorarían en el campo de ba-

talla. Yo sería un arrogante oficial. Me alojaría con varios camaradas en un castillo rodeado por bosques, donde habitaría sola una condesa de fascinadora hermosura, casada con un general, un hombre activo y brusco sin amor hacia ella. Nos adoraríamos apasionados y exaltados. Los enemigos huirían vencidos, y desde entonces yo sentiría un afecto leal hacia todos ellos.

Al día siguiente tuve mis dudas acerca de la vida militar que yo imaginaba.

Fontanet fué temprano y me habló con aquel engallamiento de que nunca prescindía. Me dijo que era necesario matricularme lo antes posible, y que me acompañaría inmediatamente a la secretaría de la Facultad donde ya era conocido. Le rogué que no se molestase; le advertí que renunciaba al estudio del Derecho y le dí cuenta de mis razones. Él, obstinado y sin oírme apenas, me aseguró que me bastaría un poco de práctica para pleitear tan bien como cualquiera otro, porque la oratoria forense no exige condiciones excepcionales. Él solía ir a la Audiencia, donde conoció a un abogado víctima de una amnesia casi absoluta, que hablaba perfectamente con el auxilio de notas escritas en un papelito como la palma de la mano. Había oído a otro abogado, tartamudo, el cual además de trabársele constantemente la lengua, de pronto ladraba como un perro, y sin embargo defendía causas difíciles y las ganaba.

—No voy a decirte—añadió Fontanet—que ten-

gas dotes oratorias, pero con un trabajo constante se logran prodigios. *Labor improbus*, como decía Crottu que te reprochaba tu pereza. Todo consiste en practicarlo. Vamos a ver; haz ahora mismo un intento: yo te guiaré, y estoy seguro de que te asombrarán tus adelantos.

Tuve la desgracia de darle a entender, con mi negativa demasiado brusca, lo desagradable que me sería aquella prueba. Él, que ya lo sospechaba, insistió en cerciorarse prácticamente. Dispuso la mesa, las sillas y hasta la cama, en un desorden que debía representar el pretorio; revolvió mis libros y mis papeles, volcó el tintero, vació una botella de agua sobre la alfombra, me colocó violentamente entre la pared y el tocador arrasado, y me gritó con acento imperioso:

—No te muevas. Es el foro. Tú eres el defensor; yo soy el juez. Hablarás cuando yo te conceda la palabra.

Su gesto autoritario se me impuso.

La facilidad con que diariamente descubría yo profesiones convenientes para mí, llegó a maravillarme. De este modo me propuse hacerme ingeniero, porque me parecía encantador realizar, con ayuda de las matemáticas, trabajos de arte como puentes, calzadas, maquinaria, y dar impulso a millares de operarios. Los ingenieros tenían entonces en la sociedad una preponderancia que no han conservado por completo. No abundaban tanto como ahora y ganaban más dinero. En las comedias del

Odeón los autores nos mostraban al ingeniero juvenil y elegante que dirigía los cotillones, trastornaba el corazón de las muchachas y hacía una envidiable boda. ¡Ay!, la bifurcación al decidirme por las letras me cerró las carreras científicas. Adiós calzadas, puentes, minas; adiós envidiable boda.

Era necesario buscar otro camino. La carrera diplomática me hubiese gustado por las consideraciones que la rodean; la esperanza de llegar a embajador y representar a mi país en las cortes extranjeras, me sonreía. Yo acariciaba tan ambiciosa fortuna, pero solamente para reirme de mi pobre yo, y he de advertir que en todas las edades de mi vida fui muy burlón, pero de nadie me burlé tan cruelmente ni con tanto gusto como de mí. Atenido al precepto que reconoce como buenas las bromas breves, me fijé desde luego en los Consulados, y me decidí por el de Nápoles, donde tomé un hotelito sombreado por una parra a la orilla del mar azul.

Al poco tiempo fui a ver a Alsine, «Alsine para los pajaritos», que vivía con su madre y sus hermanas en un alegre piso de la calle de Saints-Pères. Allí encontré al rústico Chazal, a quien le habían salido ya unas barbas hirsutas. Estreché con gusto la manita febril de Alsine y la manaza de Chazal. Chazal estaba de paso en París y tenía prisa por volver a Sologne, donde dirigía una explotación agrícola. Confié a mis dos bondadosos camaradas las inquietudes que me producía la rebusca de una posición social.

Alsine me preguntó si se me había ocurrido en-

trar en las oficinas del Estado y particularmente en el Ministerio de Hacienda donde acaso no era difícil con algún talento o algunas recomendaciones obtener una Inspección. Me aconsejó que no dejara de intentarlo, y al prometerle yo que lo haría me dijo que precisamente anunciaban convocatoria. El examen no era muy difícil; su primo había logrado una plaza sin dificultad; sólo exigían un poco de cálculo, gramática y buena letra.

—Te aconsejo—añadió—que te dirijas a un preparador especial llamado Duployer, joven aún, brusco y franco. Todos los que pretenden una plaza en Hacienda acuden a él; vive en la calle de Alger, 7 o 9.

A Chazal no le parecía oportuno encerrarme en un Ministerio.

—¿Qué necesidad tienes—me dijo—de encarcelarte? Haz como yo: cultiva la tierra. Solamente la vida del campo es agradable. Se trabaja mucho, pero se disfruta de buena salud. Yo en tu lugar me dedicaría a la cría de ganados; no hay cosa más interesante. Pero todo es interesante en el campo. Yo me dedico a estudiar las variaciones de las especies vegetales, y no puedes tener una idea de lo que ya he descubierto. He visto producirse de pronto variaciones monstruosas y fijarse de generación en generación. ¿Lo crees posible? He visto a un espino perder sus espinas y centuplicar sus flores, trasplantado a un terreno fecundo. ¿Qué te parece? Pues no lo dudes.

Estaba entusiasmado. Le hallé más agreste y robusto que nunca. Su vigor aumentaba, mientras el de Alsine disminuía considerablemente; pero en esa edad no se temen aún las desgracias posibles.

Al día siguiente fuí al entresuelito de la calle de Alger, donde Duployer daba sus lecciones. Me preguntó quiénes eran mis padres, y en tono a la vez familiar y displicente me advirtió que me prepararía con el hijo de un importante funcionario del Imperio, el joven Favio Falcone, también aspirante a una plaza del Ministerio de Hacienda. La casa de Duployer más parecía un centro de negocios que una Academia preparatoria. Asistí durante quince días, y ni una sola vez me dió el profesor la menor esperanza de éxito, mientras consideraba enteramente segura la plaza para Falcone, quien resolvía los problemas de Aritmética lo mismo que yo, estaba mucho más atrasado en Gramática y tenía una letra ilegible. Después de reflexionarlo comprendí las razones en que Duployer fundaba sus sentimientos y, atento a su franqueza, dejé de asistir a sus lecciones inútiles. Más adelante me cercioré de lo acertado que estuve al no presentarme a un examen que tenía por único objeto eliminar sin compromiso a los candidatos que no llevaban suficiente recomendación.

Como Jerónimo Paturot, yo iba en busca de una posición social. No supe decidirme a seguir los consejos del bondadoso Chazal. Me agradaba el campo; me hacía sentir estremecimientos, langui-

deces y una turbación deliciosa; más adelante debían deslizarse en el campo los años más felices de mi vida; pero ese tiempo no había llegado aún. Entonces me parecía imposible abandonar la ciudad de las artes y de la belleza, donde las piedras cantan; y tuve, por añadidura, un motivo supremo para no consagrarme al cultivo de las tierras... que no poseía. Renuncié por lo tanto al oficio de labrador. Instruído por la experiencia a limitar mis aspiraciones, deseaba ser comerciante. Sentíme inclinado a esto porque en varias novelas inglesas del siglo XVIII había visto algunos comerciantes que no hacían mal papel con su casaca de paño rojo o castaño, con sus almacenes llenos de cajas y de fardos. También había visto en el Teatro Francés y en una obra de Sedaine un comerciante muy digno, que vivía con verdadero lujo y llevaba para casa un elegante batín. Asimismo había encontrado yo en la vida real comerciantes de noble presencia, y en vista de todo ello resolví ser comerciante, o mejor dicho, dependiente, porque ni tenía un comercio a mi disposición ni dinero para comprarlo. Sólo me faltaba saber la clase de comercio a que me dedicaría, y esto era bastante difícil. Entre tantos negocios cuyas ventajas y cuyos inconvenientes desconocía yo en absoluto, ¿cómo escoger?

Con el Anuario a la vista me pregunté si sería arquitecto, armero, joyero, cervecero, carbonero, calderero, yesero, zapatero, marmolista, mecánico, ebanista, óptico, farmacéutico, y no supe qué res-

ponderme; pero debo decir en confianza que todo aquello no me producía mucha inquietud, porque yo estaba seguro de mi absoluta incapacidad para vender armas, joyas o cerveza, lo mismo que para vender carbón, calderas, yeso, zapatos o lentes.

Salí de dudas cuando menos lo esperaba: fué un sábado a las cuatro y veinte minutos. En tal fecha y a tal hora me paseaba por el muelle de la Conferencia, entonces más rústico, solitario y hermoso, y me crucé con el señor Rochaud, que venía de Ternes, donde ocupaba un aposento rebosante de libros y de grabados. El señor Rochaud era una de mis predilecciones; pero yo frecuentaba poco su trato por temor a que no le interesara mi conversación. Es posible que aún vivan algunas personas de las que trataron a ese hombre excelente, y a las que me une sin conocerlas un grato recuerdo. Luis de Rochaud ha dejado poesías que atestiguan la belleza de su alma, y libros de mucho mérito acerca del arte griego, del que fué prudente y entusiasta comentador. Lamartine, amigo suyo, le consagró uno de los cuadernos de su curso familiar de literatura. En aquella época el señor de Rochaud ya no era joven, sin haber llegado aún a viejo. Los que le conocían saben que no fué viejo en toda su prolongada vida, porque nunca dejó de amar. Entre la blancura de su cabellera lucían aún hilillos de oro; la fina piel de su frente aún tenía un tono sonrosado; sus bigotes no eran ya marciales; lucía con elegancia una levita de corte francés, raída y

manchada. Aquel día me habló con ardor de un mosaico romano que acababa de ser descubierto en Lambessa y del cual le habían enviado una copia a la acuarela. Habló del Imperio, cuya caída deseaba y anunciaba; mostró curiosidad por un libro nuevo que tenía bastante resonancia, y cuando ya se había despedido y se alejaba de mí, de pronto volvió sobre sus pasos y me dijo:

—Haga usted el favor de ir a verme; necesito hablarle. Varios amigos publicamos por cuadernos, en casa de un editor importante la vida de los pintores, porque la obra de Carlos Blanc ya es insuficiente. Echamos sobre nuestros hombros una pesada empresa. Usted puede servirnos para reunir elementos, corregir pruebas, colaborar en caso necesario, ser en nuestra empresa lo que en una revista el secretario de Redacción. Será un trabajo difícil, un trabajo constante para usted, pero supongo que ha de hacerlo con gusto. En cuanto a honorarios, corresponde al editor tratarlo con usted. Ha montado en su casa una oficina especial.

A los tres días me hallaba en posesión de un empleo muy grato para mí, poco durable para llenar mi vida entera, pero conveniente, porque me proporcionaría otras ocupaciones conformes a mis gustos. En casa de un importante librero del barrio de Saint-Germain, me dispuse a trabajar rodeado por bellas fotografías de Saskia, de Labinia, y del *Hombre del guante desgarrado*.

XVI

EL SEÑOR INGRES

Las artes me apasionaban. Como para ir al Louvre desde mi casa no tenía más que atravesar el Sena, iba todos los días, y puedo afirmar que mi juventud floreció en un palacio espléndido. Para ser justo con mis profesores debo decir que gracias a ellos pude comprender el genio griego, que ellos no comprendían. Entretuve muchas horas en el Museo Campana que acababa de instalarse, y en las salas de vasos griegos, llamados entonces por muchas personas vasos etruscos. En las pinturas que los decoran aprendí a descifrar las formas bellas, y de este modo logré, sin proponérmelo, comprender el genio de Ingres.

No se debe decir que Ingres nos instruyera en el dibujo antiguo. No lo pretendió. Sus procedimientos son los de su época; pero se advierte en las obras de los griegos un gusto que reaparece sin duda en la obra de Ingres. El entusiasmo es abundante y diverso en un alma de veinte años. Admiré a Delacroix. La capilla de los ángeles de Saint-Sulpice me maravilló, y cuando me decían que la